

LECTIO DIVINA

V DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

(9 de febrero 2025)

Is 6,1-8

Sal 137

1Cor 15,1-11

Lc 5,1-11

TEMA

La liturgia de este domingo nos lleva a reflexionar sobre nuestra vocación (del latín vocare=llamado): todos somos llamados por Dios y de él recibimos una misión para el mundo. Nos desafía a responder generosamente al llamado de Dios.

La primera lectura nos trae la descripción visual del llamado de un profeta: Isaías. Mientras habla con Dios, Isaías se da cuenta de que Dios tiene planes para él. A pesar de sentirse frágil e indigno, Isaías acoge la invitación de Dios y responde con plena convicción: “*Aquí estoy, Señor, envíame*”. La respuesta de Isaías bien podría ser el modelo para nuestra respuesta al Dios que llama.

En el Evangelio, Lucas nos ofrece la imagen de la “barca de Simón Pedro”, metáfora de la comunidad cristiana. Jesús está allí, sentado y enseñando a todos aquellos que estén dispuestos a escucharlo. Los que viajan en esta barca deben dejarse guiar por la Palabra y las instrucciones de Jesús. El Maestro quiere darles una misión: ser “pescadores de hombres”. Están llamados a trabajar con Jesús en la liberación de todos los hombres y mujeres que se ahogan en un sufrimiento sin sentido.

En la segunda lectura, san Pablo nos habla de la resurrección de Cristo, una realidad que nos abre nuevas perspectivas y nos permite afrontar la vida con esperanza. Nos recuerda que estamos llamados – como el mismo Pablo– a creer y ser testigos de la vida nueva que brota de Jesús y de su propuesta.

Isaías 6,1-2a. 3-8

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor, sentado sobre un trono muy alto y magnífico. La orla de su manto llenaba el templo. Había dos serafines junto a él, con seis alas cada uno, que se gritaban el uno al otro: “Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos; su gloria llena toda la tierra”.

Temblaban las puertas al clamor de su voz y el templo se llenaba de humo. Entonces exclamé:

“¡Ay de mí!, estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, porque he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos”.

Después voló hacia mí uno de los serafines. Llevaba en la mano una brasa, que había tomado del altar con unas tenazas. Con la brasa me tocó la boca, diciéndome:

“Mira: Esto ha tocado tus labios.

Tu iniquidad ha sido quitada y tus pecados están perdonados”.

*Escuché entonces la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía?” Yo le respondí: “Aquí estoy, Señor, envíame”. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

El profeta Isaías (autor de los capítulos 1-39 del Libro de Isaías) nació alrededor del año 760 a.C. C., en tiempos del rey Uzías. De origen noble, parece haber vivido en Jerusalén: demuestra una cultura que difícilmente habría podido alcanzar fuera del sofisticado ambiente de la capital.

Isaías se sintió llamado por Dios a la vocación profética cuando tenía unos veinte años (según Isaías 6,1, “el año en que murió el rey Uzías”, es decir, hacia el 740-739 a.C.). También sabemos que se casó y tuvo hijos. No sabemos el nombre de la esposa, conocida sólo como “la profetisa” (Isaías 8:3). Los hijos recibieron nombres simbólicos: *Sear Yasub* (“un remanente volverá” – Is 7:3) y *Maher Salal Hash Baz* (“toma botín, rápidamente se apodera de la presa” – Is 8:3). En este detalle, Isaías se identifica con el profeta Oseas: toda su existencia, incluso en el seno familiar, está al servicio del mensaje que Dios le confía.

El carácter de Isaías puede ser conocido suficientemente a través de su obra. Es un hombre decidido, sin falsa modestia, que se ofrece voluntariamente a Dios en el momento de su llamada vocacional. Es ciertamente una persona ilustre del país: participa en las decisiones que conciernen al Reino, hablando con autoridad a los altos funcionarios (cf. Is 22,15) e incluso a los reyes (Is 7,10). Él es enérgico y nunca se deja desanimar. Es enemigo de la anarquía (cf. Is 3,1-9); pero eso no significa que apoye a las clases altas. De hecho, sus mayores ataques se dirigen a los grupos dominantes: autoridades, jueces, terratenientes, políticos. Es duro e irónico con las mujeres de la clase alta de Jerusalén (cf. Is 3,16-24; 32,9-14). Defiende apasionadamente a los oprimidos, a los huérfanos, a las viudas (cf. Is 1,17), al pueblo explotado y engañado por sus gobernantes (cf. Is 3,12-15).

Los últimos oráculos de Isaías son del año 701 o quizás del 689 a.C. C., tiempos en que el rey asirio Senaquerib invadió Judá y sitió Jerusalén. Isaías debió morir algunos años después, aunque no sabemos con certeza cuándo. Un libro apócrifo judío del siglo I a.C. – *“Ascensión de Isaías”* – afirma que fue asesinado por el malvado rey Manasés.

El texto que la liturgia de este V Domingo del Tiempo Ordinario nos propone como primera lectura narra el momento en el que Dios llama a Isaías a la vocación profética. El escenario es el templo de Jerusalén, construido por Salomón en el siglo X a.C., lugar donde Dios residía en medio de su pueblo y donde el pueblo acudía a encontrarse con Dios. En el texto que se nos propone este relato no está completo. Pero, según el relato original, esta experiencia vocacional se puede resumir en cuatro puntos:

la conciencia de la santidad de Dios;

la constatación de que la vida de Judá está marcada por el pecado (personal y colectivo);

el reconocimiento de la necesidad del castigo; y, al final de todo,

la afirmación de la esperanza en la salvación de Dios.

Estos cuatro temas, junto con las tradiciones sobre Jerusalén y la dinastía davídica, estarán siempre presentes en la predicación del profeta Isaías.

MENSAJE

El texto de Isaías 6,1-8 no debe verse como una narración factual del momento en que Dios llamó al profeta a su servicio; pero debe considerarse una reflexión sobre ese misterio siempre personal y siempre íntimo que es la vocación. Isaías describe su experiencia del llamado de Dios a través de imágenes que buscan traducir lo que sintió íntimamente cuando se dio cuenta de que Dios contaba con él para la misión profética.

Según el texto, Isaías estaba en el templo de Jerusalén cuando “escuchó” el llamado de Dios. Los elementos con los que Isaías adorna su descripción reflejan la comprensión del profeta de la grandeza, omnipotencia, santidad y trascendencia de Dios: Dios está sentado en un trono alto, como un rey que gobierna el mundo y preside la historia de los hombres; la grandeza de Dios es tal que el sencillo borde de su manto llena todo el espacio sagrado del templo (v. 1); alrededor de Dios, formando parte de su corte, están los ángeles (los “serafines”) que aclaman su santidad, su realeza universal, su gloria (v. 2-3). El “humo” que llena el templo y el temblor que sacude los quicios de las puertas cuando se oye la voz de Dios son elementos utilizados por los autores del Antiguo Testamento para “componer” la escena de las manifestaciones de Dios (cf. Ex 19,16-18 ; 1Re 8,10; Sal 104,32); fue este Dios santo, majestuoso, Señor del mundo y de la historia quien, mediante designios insondables e incomprensibles para el hombre, eligió y llamó a Isaías a la misión profética.

Ante la grandeza y santidad de Dios, Isaías se siente pequeño, frágil y, sobre todo, indigno. ¿Cómo puede él, un hombre frágil y pecador, que vive en medio de un pueblo de labios impuros, estar delante de Dios y dar testimonio de la infinita majestad de Dios? (v. 5). Pero Dios tiene una misión que confiar a Isaías; la fragilidad y la indignidad de aquel hombre que Dios quiere para su servicio no son obstáculo para el Dios que todo lo puede. Por eso, Dios capacita a Isaías para la misión que le va a encomendar: uno de los ángeles que estaba con Dios sale al encuentro de Isaías llevando un carbón encendido tomado del altar; toca sus labios con él, purificándolo y haciéndolo apto para ser profeta de Dios (v. 6-7). Con labios purificados, Isaías puede ahora ser palabra viva de Dios que resuena en el mundo de los hombres. El profeta aho-

ra puede aceptar la misión. A pesar de sus limitaciones muy humanas, él tiene la autoridad de Dios para hacer oír la Palabra de Dios en el mundo.

Después de esto, lo único que le queda al profeta es aceptar la misión. Entregado a este Dios santo y poderoso que lo llama, Isaías responde: *“Aquí estoy, Señor, envíame”* (v. 8). Se pone en manos de Dios y se pone incondicionalmente al servicio de este Dios que lo llama.

Aunque la vocación es siempre una experiencia única y personal, nunca se apartará esencialmente de las características aquí definidas: el “camino vocacional” seguido por Isaías es el mismo que debe recorrer todo aquel que es llamado por Dios.

En esta catequesis sobre la experiencia de la vocación encontramos varios pasos, que resumimos aquí.

En primer lugar (v. 1-5), Isaías deja claro que su vocación es obra de Yahvé, el Dios majestuoso y santo, infinitamente por encima del mundo y alejado de la realidad pecaminosa en la que viven los hombres. Los elementos literarios típicos de las teofanías (el miedo, la voz alta, el humo) definen el cuadro típico de las manifestaciones de Dios en el Antiguo Testamento: es este Dios quien se manifiesta a Isaías y quien lo llama a su servicio.

En segundo lugar (v. 6-7) tenemos objeción y purificación. La objeción del profeta es un elemento típico de los relatos vocacionales (cf. Ex 3,11, en la llamada de Moisés). Expresa el sentimiento de un hombre que, llamado por Dios a una misión, es consciente de sus límites e indignidades, o prefiere permanecer en su cómodo rincón, sin comprometerse. “Purificación” sugiere que la indignidad y la limitación no son impedimentos para la misión: la elección divina le da autoridad al profeta a pesar de sus límites muy humanos.

En tercer lugar, tenemos la aceptación de la misión por parte del profeta. Al respecto, vale la pena señalar lo siguiente: Isaías se ofrece sin saber todavía qué misión le será confiada; manifiesta así su absoluta disponibilidad al servicio de Dios.

Hemos descrito aquí el camino de la verdadera vocación.

ACTUALIZACION

- Dios, para realizar su plan de salvación, cuenta con todos sus hijos e hijas. Cada uno de nosotros tiene su lugar y papel en el plan que Él tiene para el mundo y para la humanidad. Es Dios quien, según criterios que sólo Él conoce y define, elige a quien Él quiere, llama a quien Él quiere y envía a quien Él quiere. Nuestra “historia vocacional” es la historia de cómo Dios viene a nuestro encuentro, entra en nuestra vida, nos desafía a la misión, nos pide una respuesta a la propuesta que nos hace. ¿Somos conscientes de que Dios nos llama, a veces de maneras muy banales, a su servicio? ¿Estamos atentos a los signos que Él siembra en nuestra vida y a través de los cuales nos dice, en cada momento, lo que quiere de nosotros? ¿Estamos dispuestos a responder generosamente a los desafíos que Dios nos lanza, incluso cuando van en contra de nuestros planes personales o de nuestros intereses particulares?

- El “llamado” de Isaías ocurre cuando él está en el templo de Jerusalén, probablemente en oración. Los grandes “vocacionados” que nos presenta la Biblia son siempre personas que cultivan la intimidad con Dios y que buscan el diálogo con Dios. Es en este diálogo que perciben el plan de Dios y el papel que Dios les reserva en este proyecto; es en este diálogo donde aprenden a escuchar a Dios y las propuestas que Él les hace; es en este diálogo donde presentan a Dios sus preocupaciones, dudas e incertidumbres y descubren las respuestas y “soluciones” de Dios a las preguntas que la vida les plantea... Quien “habla” con Dios sale de estas “conversaciones” más enamorado de Dios, más consciente de lo que Dios quiere, más preparados para aceptar la voluntad de Dios y decir “sí”. ¿Buscamos acercarnos a Dios y cultivar la intimidad con Él? En medio del ajetreo y las preocupaciones que llenan nuestra vida diaria, ¿encontramos tiempo para escuchar a Dios, para hablar con Él, para discernir sus caminos?

- Isaías es un hombre plenamente consciente de sus límites, de su debilidad y de su indignidad. Pero descubre que, a pesar de todo, Dios quiere contar con él. Dios ha elegido siempre instrumentos frágiles e “imposibles” para intervenir en el mundo y ofrecer a sus hijos su propuesta de salvación. De hecho, es en la debilidad y la fragilidad donde se manifiestan la grandeza, la fuerza y la santidad de Dios. Si Dios nos

pide que hagamos un servicio, también nos dará la fuerza para superar nuestros límites y hacer lo que Él nos pide. ¿La conciencia de nuestra pequeñez y fragilidad nos ha impedido alguna vez aceptar la misión que Dios tenía para nosotros? Además, ¿hemos utilizado alguna vez el pretexto de nuestra indignidad para permanecer cómodamente al margen de las tareas que Dios quería confiarnos?

•En el relato de la vocación de Isaías llama la atención que, incluso antes de conocer concretamente la misión que Dios le confiaría, se hizo disponible sin condiciones: «*Aquí estoy, Señor, envíame*». La respuesta que Isaías da a Dios es la respuesta de alguien que está dispuesto a arriesgarlo todo, a ofrecer toda su vida al servicio de Dios; es la respuesta de alguien que entrega todo a Dios, sin cálculos ni condiciones; es la respuesta de alguien para quien Dios es el centro y la máxima prioridad. ¿Es de esta manera –total, absoluta, incondicional, “limpia”– como nos entregamos a Dios y nos hacemos disponibles para su servicio?

Salmo 137

R. Cuando te invocamos, Señor, nos escuchaste.

De todo corazón te damos gracias,
Señor, porque escuchaste nuestros ruegos.
Te cantaremos delante de tus ángeles,
te adoraremos en tu templo.

R. Cuando te invocamos, Señor, nos escuchaste.

Señor, te damos gracias
por tu lealtad y tu amor:
siempre que te invocamos nos oíste
y nos llenaste de valor.

R. Cuando te invocamos, Señor, nos

escuchaste.

Que todos los reyes de la tierra te reconozcan,
al escuchar tus prodigios.

Que alaben tus caminos,
porque tu gloria es inmensa.

R. Cuando te invocamos, Señor, nos escuchaste.

Tu mano, Señor, nos podrá a salvo,
y así concluirás en nosotros tu obra.
Señor, tu amor perdura eternamente;
obra tuya soy, no me abandones.

R. Cuando te invocamos, Señor, nos escuchaste.

1Corintion 15,1-11

Hermanos: Les recuerdo el Evangelio que yo les prediqué y que ustedes aceptaron y en el cual están firmes. Este Evangelio los salvará, si lo cumplen tal y como yo lo prediqué. De otro modo, habrán creído en vano.

*Les transmití, ante todo, lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, como dicen las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según estaba escrito; que se le apareció a Pedro y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos reunidos, la mayoría de los cuales vive aún y otros ya murieron. Más tarde se le apareció a Santiago y luego a todos los apóstoles. Finalmente, se me apareció también a mí, que soy como un aborto. Porque yo perseguí a la Iglesia de Dios y por eso soy el último de los apóstoles e indigno de llamarme apóstol. Sin embargo, por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí; al contrario, he trabajado más que todos ellos, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios, que está conmigo. De cualquier manera, sea yo, sean ellos, esto es lo que nosotros predicamos y esto mismo lo que ustedes han creído. **Palabra del Señor.***

AMBIENTE

Corinto, ciudad cosmopolita situada en la región del Peloponeso, era, en el siglo I a.C., una de las grandes exponentes de la cultura griega. Por allí pasó Pablo durante su segundo viaje misionero; De su anuncio nació una comunidad cristiana viva e interesada, pero que hundía sus raíces en el terreno contaminado de una cultura alejada de la propuesta cristiana. Los valores culturales griegos –que los corintios cultivaban con orgullo– constituirán un contrapunto a los valores del Evangelio que proclamaba Pablo. El choque entre estas dos realidades es particularmente evidente en algunos de los temas que Pablo consideró útil abordar en la primera carta a los Corintios, escrita en Éfeso durante el tercer viaje misionero del apóstol. Una de las cuestiones que causó algunas dificultades a los cristianos de Corinto fue la cuestión de la

resurrección. La resurrección de los muertos era relativamente bien aceptada en el judaísmo en general (aunque los saduceos, un grupo elitista formado principalmente por miembros de las familias sacerdotales, no compartían esta creencia), acostumbrados a ver al ser humano en su unidad; pero constituyó un serio problema para la mentalidad griega. La cultura griega, fuertemente influenciada por filosofías dualistas (como la de Platón, muy en boga en la época) que veían al cuerpo como una realidad negativa y al alma como una realidad ideal y noble, se negó a aceptar la resurrección de lo integral. hombre. ¿Cómo podría el cuerpo, esa realidad material, carnal, sensual, que aprisionaba el alma y le impedía elevarse al mundo ideal, al mundo luminoso de los espíritus, seguir al alma?

Por eso, algunos cristianos de Corinto decían que “no hay resurrección de muertos” (1 Co 15:12). Otros planteaban preguntas («¿Cómo resucitan los muertos?»; «¿Con qué cuerpo vuelven a la vida los muertos?») que Pablo consideraba «insensatas» (cf. 1 Co 15,35). El apóstol decide abordar este tema para iluminarnos unos a otros y ayudar a todos los miembros de la comunidad a purificar su fe.

MENSAJE

El objetivo es recordar a los cristianos de Corinto la “Buena Nueva” que Él les anunció y que ellos acogieron con fe. Es a través de este “evangelio” que los corintios serán salvados (cf. 1 Co 15,1-2). Esta “Buena Nueva” no fue algo que Pablo inventó; fue algo que Pablo mismo recibió (“*lo que yo mismo recibí*”) y que transmitió a sus hijos en Corinto (“*Les transmití*”). Los dos verbos utilizados aquí por Pablo (“recibir” e “transmitir”) se emplean en el rabinismo para describir el proceso de transmisión de la fe.

Ahora bien, en el centro de la fe de los cristianos está la resurrección de Cristo: “*Cristo murió por nuestros pecados, como dicen las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según estaba escrito*” (vs. 3-4). La expresión podría ser una confesión de fe primitiva utilizada en la predicación cristiana primitiva. ¿A qué pasajes bíblicos se refiere Pablo? Tal vez tiene en mente Isaías 53:8-12 (el cuarto poema del Siervo de Yahvé) y Oseas 6:2; Pero lo más probable es que hable en términos generales, basándose en acontecimientos salvíficos predichos en numerosos pasajes del Antiguo Testamento, y en particular en los textos proféticos. En todo caso, Pablo considera que la resurrección de Cristo es conforme a la Sagrada Escritura.

Como prueba de la resurrección de Jesús, Pablo cita seis apariciones del Resucitado: «*Se le apareció a Pedro y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos reunidos, la mayoría de los cuales vive aún y otros ya murieron. Más tarde se le apareció a Santiago y luego a todos los apóstoles*»; Por último, se apareció al mismo Pablo, aunque él se consideraba el más indigno de todos los apóstoles (*Finalmente, se me apareció también a mí, que soy como un aborto* /v. 5-9). De hecho, ninguna de las personas que Pablo menciona presencié el momento exacto en que Jesús emergió vivo de la tumba. Lo que ellos atestiguaron es que Jesús, después de morir en la cruz, se les apareció lleno de vida; y fueron testigos de que la muerte no había vencido a Jesús. Fue precisamente esta “Buena Nueva” la que Pablo transmitió a los cristianos de Corinto y que ellos aceptaron por la fe.

¿Puede la resurrección de Jesús clasificarse como un hecho histórico? No. Es un hecho real, pero no un hecho histórico. Se trata de un hecho sobrenatural y metahistórico que supera completamente las categorías humanas de espacio y tiempo y entra en la dimensión de la fe. La experiencia que tuvieron quienes se encontraron con Jesús vivo fue una experiencia de fe. Sin embargo, fue una experiencia verdadera y convincente. La prueba de ello está en la asombrosa transformación que todos ellos experimentaron tras el encuentro con el Resucitado: de hombres llenos de miedo, frustración y cobardía, pasaron a ser intrépidos heraldos de Jesús vivo y resucitado.

También los cristianos de Corinto podrán experimentar un encuentro con Cristo resucitado. Para realizar esta experiencia, es necesario escuchar las Escrituras, dejarse iluminar por el Espíritu y acoger la tradición de la Iglesia. A lo largo del camino acabarán encontrando a Jesús, vivo y resucitado, y dejándose transformar por Él.

ACTUALIZACION

*Para nosotros cristianos, la resurrección de Jesús no es sólo una verdad que profesamos cuando decimos el credo, sino que es una certeza que ilumina nuestra vida y da nuevo sentido a la historia de nuestros días. Nosotros, discípulos de Jesús, no vivimos del recuerdo de un “muerto” que la historia ha conocido, digerido y ordenado en la galería de personajes insignes cubiertos por el polvo del tiempo, sino que caminamos detrás de alguien que está vivo, que continúa para encontrarse con nosotros, caminar junto a nosotros, alimentarnos con su Palabra y su Pan, mostrarnos el camino que conduce a la vida. ¿Cómo sentimos la resurrección de Jesús? ¿Experimentamos la presencia de Jesús, sentimos su Espíritu animándonos y guiándonos en nuestro camino por la vida? ¿El hecho de que Jesús haya vencido la muerte cambia nuestra perspectiva sobre la vida?

*La victoria de Jesús sobre la muerte, la injusticia, la mentira y el mal aporta un suplemento de valor y esperanza a nuestras vidas. Nos asegura que no hay muerte para quien acepta hacer de su vida una lucha por la justicia, por la verdad, por el plan de Dios. Nos proporciona las armas que necesitamos para vencer el miedo y nos fortalece en nuestra decisión de luchar por el establecimiento del Reino de Dios. Esto es lo que comprendieron los apóstoles cuando conocieron a Jesús resucitado. ¿La certeza de la resurrección nos anima a luchar, sin la parálisis que viene del miedo, por un mundo más justo, más fraterno, más humano?

*Pablo cree que los seguidores de Jesús pueden descubrirlo, vivo y resucitado, escuchando la Palabra de Dios y el testimonio de la comunidad cristiana. Cuando nos reunimos alrededor de la mesa eucarística en el “domingo del Señor” con nuestros otros hermanos y hermanas en la fe, ¿sentimos que Jesús está vivo entre nosotros? ¿Es la Eucaristía, para nosotros, un momento privilegiado de encuentro con Jesús resucitado?

Lucas 5,1—11

En aquel tiempo, Jesús estaba a orillas del lago de Genesaret y la gente se agolpaba en torno suyo para oír la palabra de Dios. Jesús vio dos barcas que estaban junto a la orilla. Los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió Jesús a una de las barcas, la de Simón, le pidió que la alejara un poco de tierra, y sentado en la barca, enseñaba a la multitud.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: “Lleva la barca mar adentro y echen sus redes para pescar”.

Simón replicó: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero, confiado en tu palabra, echaré las redes”. Así lo hizo y cogieron tal cantidad de pescados, que las redes se rompían.

Entonces hicieron señas a sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarlos. Vinieron ellos y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

*Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús y le dijo: “¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!” Porque tanto él como sus compañeros estaban llenos de asombro al ver la pesca que habían conseguido. Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús le dijo a Simón: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”. Luego llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron. **Palabra del Señor.***

AMBIENTE

Al comienzo del Evangelio que la liturgia nos propone hoy, Jesús se encuentra en las orillas del mar de Galilea, rodeado de una gran multitud que había acudido “para oír la Palabra de Dios” (Lc 5,1). Este “mar” – también llamado “lago Tiberíades” o “lago Kinneret” – es un lago de unos 11 kilómetros de ancho y 21 kilómetros en su longitud máxima. Era un lago de agua dulce, rico en peces. Muchos de los que vivían en sus orillas vivían de la pesca. El río Jordán era la principal fuente de alimento para este lago.

A orillas del Mar de Galilea se encontraban varias ciudades, como Tiberíades y Cafarnaúm. Cafarnaúm era la ciudad donde vivían Pedro y su hermano Andrés. Era una ciudad estratégica, ya que estaba situada junto a la “*Via Maris*” (“Camino del Mar”), una importante vía de comunicación que conectaba Egipto con Siria y Líbano y que pasaba por Cesarea Marítima (lugar donde solía residir habitualmente el prefecto romano de Judea). Jesús, después de haber pasado algún tiempo con Juan Bautista en el desierto de Judá, se había establecido en Cafarnaúm.

Según el esquema teológico de Lucas, Jesús acababa de comenzar su ministerio en Galilea (cf. Lc 4,14-15). En la sinagoga de Nazaret había presentado su “programa”: anunciar la “Buena Nueva” a los pobres, liberar a los cautivos, iluminar los caminos de los que viven en las tinieblas, anunciar la llegada de un nuevo tiempo de gracia y paz (cf. Lc 4,16-21); y poco después, en la sinagoga de Cafarnaúm, dejó a todos asombrados con su enseñanza y sus gestos poderosos (cf. Lc 4,31-37).

Hasta ahora, Jesús había estado solo en la tarea de anunciar el Reino de Dios. En la sección que comienza en este capítulo y continúa hasta 6:16, Jesús comienza a rodearse de discípulos. Algunas personas responden a su anuncio y aceptan colaborar con Jesús en la misión que el Padre le ha confiado.

Lee el Evangelio

Para ayudar en la lectura del pasaje:

vv. 1-3: Jesús se encuentra en la orilla del mar de Genesaret y delante de Él está una gran muchedumbre, deseosa de escuchar la Palabra de Dios. Él sube sobre una barca y se aleja de tierra; como un maestro y como un valiente, Él se sienta sobre las aguas y las domina y desde allí ofrece su salvación, que nace de la Palabra, escuchada y acogida.

vv. 4-6: Jesús invita a pescar y Pedro se fía, cree en la Palabra del Maestro. Por fe, se adentra en el mar y echa sus redes; por esta misma fe la pesca es abundante, es milagrosa.

v.7: El encuentro con Jesús no está nunca cerrado, sino que por el contrario empuja a la comunicación, a la participación: el don, de hecho, es demasiado grande e incontenible para uno solo. Pedro llama a los compañeros de la otra barca y el don se duplica, continuamente crece.

vv. 8-11: Delante de Jesús, Pedro se arrodilla, adora y reconoce su pecado, su incapacidad, pero Él lo llama, con el mismo tono con el que ha removido las aguas de tantos mares, a lo largo de toda la Escritura: “¡No teman!”. Dios se revela y se hace compañero del hombre. Pedro acepta la misión de sacar fuera del mar del mundo y del pecado a los hombres, sus hermanos, así como ha sido sacado fuera él; deja la barca, las redes, los peces y sigue a Jesús, junto a sus compañeros.

Algunas preguntas después de que leas el evangelio

a) “*Sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre*” Jesús baja, se sienta, mora en medio de nosotros, se abaja hasta tocar nuestra tierra y desde esta pequeñez nos ofrece su enseñanza, su Palabra de salvación. Jesús me ofrece tiempo, espacio, disponibilidad plena para encontrarlo y conocerlo, pero **¿Sé quedarme, permanecer, radicarme en Él, delante de Él?**

b) “*Le rogó se alejara un poco de tierra*”. La petición del Señor es progresiva. Después de separarse de tierra, Él pide que se adentre en el mar. “¡Aléjate de tierra! ¡Rema mar adentro!” Invitaciones dirigidas a todas las barcas de todos los hombres y mujeres. **¿Tengo fe, tengo confianza, confío en Él y por eso me dejo llevar, abandono la pesca? Me miro dentro con sinceridad y seriedad: ¿Dónde están plantados los anclajes de mi vida?**

c) “*Echaré las redes*”. Pedro nos ofrece un ejemplo luminoso de fe en la Palabra del Señor. En este pasaje el verbo “echar” aparece en dos ocasiones: la primera está referido a las redes y la segunda a la misma persona de Pedro. El significado es fuerte y claro: delante del Señor podemos echar todo nuestro ser. Nosotros echamos, pero Él recoge. Siempre, con una fidelidad absoluta e infalible. **¿Me siento dispuesto a tomar mi vida tal como es hoy y arrojarla a los pies de Jesús, para que Él, una vez más, me recoja, me sane, me salve, haciendo de mí un hombre nuevo?**

d) “*Hicieron señas a los compañeros de la otra barca*”. Pedro, de nuevo, me sirve de guía para mi camino y me indica la vía de apertura a los otros, de la participación, porque en la Iglesia no es posible estar aislados y cerrados. Todos somos enviados: “Ve a mis hermanos y diles” (Jn 20, 17) **¿Pero sé yo acercar mi barca a la de los demás? ¿Sé verter en la existencia de los otros hermanos y hermanas los dones y las riquezas, que el Señor ha querido confiarme en depósito?**

MENSAJE

Jesús está junto al lago. Su actuación en la sinagoga de Cafarnaúm, el sábado anterior (cf. Lc 4,31-37), había atraído la atención de la gente de la ciudad. Le rodean muchas personas que sienten curiosidad por

ese profeta itinerante y el nuevo mensaje que trae. Ellos sienten vagamente que este hombre viene de Dios y trae un mensaje de Dios. Cerca de allí, algunos pescadores limpian sus redes después de una noche de pesca infructuosa.

De pie junto a la orilla del agua, rodeado de gente, Jesús solo es escuchado por unos pocos que están justo a su lado (v. 1). Luego sube a una de las barcas, la de Simón Pedro, un pescador a quien Jesús conoce bien (cf. Lc 4,38-41) y le pide que aleje la barca un poco de la orilla. Él se sienta en la barca y comienza a hablar a la gente que lo escucha desde la orilla (v. 3). Ahora él está en la posición de un rabino que, sentado en su silla, instruye a sus discípulos; pero su silla es un humilde barco pesquero.

Cuando Jesús termina de hablar, la multitud se aleja lentamente. Jesús, todavía en la barca, se dirige ahora a Simón Pedro y le invita a echar las redes (v. 4). De la enseñanza, Jesús pasa a la acción, a la pesca.

Necesita la colaboración de aquellos pescadores que están con Él en la barca. Simón, sin embargo, plantea objeciones bastante lógicas a la afirmación de Jesús: él y sus compañeros están cansados después de una noche de trabajo; la mañana no es el mejor momento del día para pescar; no hay peces allí, porque han pasado toda la noche buscándolos y no han podido pescar nada (v. 5). ¿Qué puede saber un carpintero sobre pesca que esos “profesionales” no saben? ¿Vale la pena seguir las instrucciones de Jesús?

A pesar de todo, Simón decide aceptar la sugerencia de Jesús. Se adentra en el lago y, con la ayuda de otros –posiblemente también de su hermano Andrés–, echa las redes. Confía en las palabras de Jesús. Esta confianza es recompensada: las redes se llenan de tantos peces que amenazan con romperse (v. 6). Simón hace una señal a unos compañeros de pesca que estaban en otra barca (delante se dirá que estaban Santiago y Juan, hijos de Zebedeo) para que vengan a ayudarlo. Las dos barcas estaban tan llenas que casi se hundieron (v. 7). Simón estaba más preparado que los demás para comprender a Jesús. Ya lo conocía y ya lo había acogido en mi casa. Él respondió arrojándose a los pies de Jesús – un gesto de humildad – y reconociéndolo como “Señor” (“*Kyrie*” – v. 8)). En el texto griego del Antiguo Testamento, la palabra designa a Dios mismo. Pedro se siente pequeño e indigno ante Jesús, como les sucede a todos aquellos que presencian la manifestación de Dios. Para Jesús, sin embargo, la indignidad de Pedro no es ningún obstáculo. Los demás pescadores que participan en la pesca comparten el mismo asombro y admiración que Simón siente hacia Jesús (vv. 9-10).

El episodio concluye con Jesús anunciando a Simón cuál será su futura vocación: “pescador de hombres” (v. 10). Lucas no explica qué quiere decir Jesús al utilizar esta expresión.

Después de este encuentro y de esta pesca, Simón y sus compañeros de pesca «dejándolo todo, siguieron a Jesús» (v. 11).

¿Es la narración de Lucas una historia sobre una pesca milagrosa en el Mar de Galilea, a última hora de la mañana de un día no identificado, poco después de que Jesús comenzara su ministerio profético? Es mucho más que eso: es una catequesis sobre el proyecto de Jesús y nuestra implicación en ese proyecto. La barca de Simón Pedro es una metáfora de la Iglesia, de la comunidad cristiana. Es allí donde Jesús entra y se sienta; y es desde allí que dirige su Palabra al mundo (“Y comenzó a enseñar a la multitud desde la barca”). Aquellos que están “en la orilla” y se interesan por la propuesta de Jesús se dirigen a la “barca de Pedro” y escuchan con toda atención la palabra liberadora que Jesús les ofrece.

Los que están en la “barca de Pedro” son los que ya han elegido a Jesús. Pueden ser personas trabajadoras; pero su esfuerzo es ingrata si Jesús no está con ellos. Su trabajo sólo da fruto cuando siguen la guía de Jesús. A veces, las propuestas de Jesús pueden parecer ilógicas, incoherentes, ridículas (y cuántas veces lo parecen, dados los esquemas y valores del mundo...); pero es necesario confiar incondicionalmente en Jesús, ponerse en sus manos y seguir al pie de la letra sus instrucciones (“*porque tú lo dices, echaré las redes*”). Así que sí, la “pesca” es abundante.

Los que viajan en la barca con Jesús lo conocen bien. Saben que Él vino de Dios y que su propuesta genera vida y fecundidad para todos. Por eso, como Simón Pedro, reconocen a Jesús como “el Señor” (en griego, “*kyrios*”), que es el título que la comunidad cristiana primitiva dio a Jesús resucitado, el que preside el mundo y la historia. Naturalmente, se sienten pequeños e indignos ante el “Señor”; pero son personas “normales” – es decir, frágiles, pecadoras, llenas de defectos y cualidades – que Jesús invita a ir con Él en la “barca”.

Quienes aceptan la propuesta de Jesús y escuchan sus instrucciones están llamados a ser “pescadores de hombres”. Para entender esta expresión, debemos recordar lo que significaba el “mar” en las ideas judías: era el lugar donde residían los espíritus y las fuerzas demoníacas que robaban la vida y la felicidad del hombre. Ser “pescador de hombres” es continuar la obra liberadora de Jesús, buscando liberar al hombre de todo lo que le impide tener vida. Se trata de salvar al hombre de ahogarse en el mar de la opresión, el egoísmo y el mal. Se trata, en definitiva, de la misma misión de Jesús: «anunciar la Buena Nueva a los pobres», «proclamar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos», «devolver la libertad a los oprimidos», «proclamar el año nuevo» de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

Quien quiera trabajar con Jesús debe dejarlo todo, todas las seguridades, todas las comodidades, todas las certezas, todas las cadenas que lo atan, para ir en pos de Jesús. Esta alusión al desprendimiento total del discípulo es típica de Lucas (cf. Lc 5,28; 12,33; 18,22): sugiere que la generosidad y la donación total deben ser signos distintivos de las comunidades y de los creyentes que siguen a Jesús.

Una palabra final sobre el papel destacado que Simón Pedro asume en esta catequesis: la comunidad lucana es una comunidad estructurada, que reconoce en Pedro al “portavoz” de todos y al animador principal de esta comunidad de Jesús que navega por los mares de la historia.

Una clave de lectura

• El mar y el tema del éxodo:

Jesús está en pie, junto a la orilla del mar, está de pie no importa las obscuridades amenazadoras e ignoradas de las olas del mar y de la vida. Se pone de frente a este pueblo reunido, listo para la escucha y para el éxodo. Él, el buen pastor, con el cayado de su Palabra, quiere conducirlo a través de los mares y de los océanos de este mundo, en un viaje de salvación que nos lleva siempre más cerca del Padre. El Señor habla y las aguas se separan delante de Él, como ya aconteció en el Mar Rojo (Ex 14, 21-23) y junto al río Jordán (Jos. 3, 14-17). También el mar de arena del desierto queda vencido por la fuerza de su Palabra y se abre, convirtiéndose en un jardín, una senda llana y enderezada (Is 43, 16-21) para cuantos deciden el viaje de retorno a Dios y por Él se dejan guiar. En estos pocos versículos del Evangelio, el Señor Jesús prepara, una vez más, para nosotros el gran milagro del éxodo, de la salida de las tinieblas de muerte por la travesía salvadora hacia pastos frescos de la amistad con Él, de la escucha de su voz. Todo está preparado: nuestro nombre ha sido pronunciado con infinito amor por el buen pastor, que nos conoce de siempre y nos guía por toda la eternidad, sin dejarnos abandonados nunca de su mano.

• La escucha de la fe que nos conduce a la obediencia:

Es el segundo tramo del glorioso camino que el Señor Jesús nos ofrece a través de este pasaje de Lucas. La muchedumbre se apiña en torno a Jesús, llevada del deseo íntimo de “escuchar la Palabra de Dios”; es la respuesta a la invitación perenne del Padre, que invade toda la Escritura: “¡Escucha Israel!” (Dt. 6,4) y “¡Si mi pueblo me escuchase!” (Sal 80, 14). Es como si la muchedumbre dijese: “¡Sí, escucharé qué cosa dice Dios, el Señor!” (Sal 85, 9). Pero la escucha que se nos pide y sugiere es completa no superficial; es viva y vivificante, no muerta; es escucha de la fe, no de la incredulidad y de la dureza de corazón. Es la escucha que dice: “Sí, Señor, sobre tu palabra echaré mi red”. La llamada que el Señor nos está dirigiendo en este momento es ante todo la llamada a la fe, a fiarse de Él y de toda palabra que sale de su boca, seguros y ciertos que todo esto que Él dice se realiza. Como Dios dijo a Abrahán: “¿Hay alguna cosa imposible para el Señor?” (Gen 18, 14) o en Jeremías: “¿Existe algo imposible para mí?” (Jer 32, 27); cfr. también Zac 8, 6. O como se le dijo a María: “Nada hay imposible para Dios” (Lc 1, 37) y entonces Ella dijo: “Hágase en mí como has dicho”. Aquí es a donde debíamos llegar; como María, como Pedro. No podemos ser solamente oyentes, porque nos engañaremos a nosotros mismos, como dice Santiago (1, 19-25), quedaremos engañados por la poca memoria y nos perderemos. La palabra debe realizarse, cumplirse, puesta en práctica. Es una gran ruina para el que escucha, si no pone en práctica la Palabra; se necesita excavar profundamente y poner el fundamento sobre la roca, que es la fe operativa (cfr. Lc 6, 46-49).

• La pesca como misión de la Iglesia:

La adhesión a la fe lleva a la misión, esto es, a entrar en la comunidad instituida por Jesús para la difusión del Reino. Parece que Lucas quiere ya, en este pasaje, presentar la Iglesia que vive la experiencia

postpascual del encuentro con Jesús resucitado; conocido es, de hecho, las muchas coincidencias con el pasaje de Juan 21, 1-8. Jesús escoge una barca y escoge a Pedro y, desde la barca, llama a hombres y mujeres, hijos e hijas, a continuar su misión. Conocido es también que el verbo “rema mar adentro” está en singular, referido a Pedro que recibe el encargo de guía, pero la acción de la pesca es en plural:

“**¡Echen las redes!**”, referida a todos aquéllos, que quieran adherirse para participar en la misión. ¡Es bella y luminosa, es gozosa esta única misión y fatiga para todos! Es la misión apostólica, que empieza ahora, en obediencia a la Palabra del Señor y que llegará remando por el mar a todos los rincones de la tierra (cfr. Mt 28, 19; Act 1, 8; Mc 16, 15; 13, 10; Lc 24, 45- 48).

Es interesante notar que el vocablo usado por Lucas para indicar la misión que Jesús confía Pedro y con él a todos nosotros, cuando le dice: “No *temas... tú serás pescador de hombres*”. Aquí no se usa el mismo término que encontramos ya en Mt. 4, 18 ss., en Mc 1, 16 o también en este pasaje al vers. 2, simplemente pescador; aquí hay una palabra nueva, que aparece sólo dos veces en todo el Nuevo Testamento y que deriva del verbo “*capturar*”, en el sentido de “*prender vivo y mantener con vida*”. Los pescadores del Señor, en efecto, echan las redes en el mar del mundo para ofrecer a los hombres la Vida, para sacarlos de los abismos y hacerlos volver a la verdadera vida. Pedro y los otros, nosotros y nuestros compañeros de navegación en este mundo, podemos continuar, si queremos, en cualquier estado en que nos encontremos, aquella misma hermosa misión suya de enviados del Padre “a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10).

ACTUALIZACION

*La “barca de Simón Pedro”, desde la que Jesús proclama la Buena Noticia del Reino de Dios, es una imagen bella y sugestiva de la comunidad cristiana. Muchos hombres y mujeres que están “en la orilla” de la vida y de la historia miran “la barca de Simón Pedro” y esperan con ansiedad las palabras de Jesús. No ven otra salida, no ven otra esperanza. La comunidad cristiana es, en este turbulento siglo XXI, en este agitado USA en lucha contra los migrantes ¿el espacio privilegiado donde la voz de Jesús resuena en el mundo para consolar, para animar, para sanar, para indicar caminos, para dar vida? En medio del rugido de las tormentas que enfrenta el mundo, ¿estamos haciendo todo lo posible para que la voz de Jesús sea escuchada por nuestros hermanos y hermanas que esperan “en las orillas”? ¿Son las palabras que decimos a los hombres y mujeres que anhelan una vida más humana las palabras de Jesús? La “barca de Simón Pedro” en la que viajamos con Jesús ¿está pintada con los colores de la misericordia, de la preocupación, de la comprensión, de la acogida, del perdón, de la bondad y de la ternura de Dios? ¿La “barca de Simón Pedro” cumple su función de llevar el testimonio de Jesús a todos los hombres?

*Miremos ahora dentro de la “barca de Simón Pedro”, donde viajamos nosotros, que formamos parte de la comunidad de Jesús... ¿Qué estamos haciendo? ¿Cómo trabajamos? ¿Está nuestro trabajo dando resultados? Cuando diseñamos nuestros proyectos pastorales y elaboramos nuestros organigramas parroquiales y grupales, ¿tenemos en cuenta las directrices que Jesús nos ofrece o hacemos las cosas según nuestros criterios personales y nuestras visiones estrechas? ¿Aceptamos las propuestas de Jesús, incluso cuando parecen ilógicas, irracionales y poco modernas, a la luz de nuestra comprensión de las cosas o de los valores superficiales de los opinadores que dictan la moda? ¿Pasamos más tiempo en nuestras reuniones de programación y en nuestras discusiones estériles, o escuchando el Evangelio que Jesús nos propone?

¿Confiamos plenamente en Jesús y en su Palabra?

Simón Pedro, al ver el extraordinario resultado de la “pesca”, se arrojó a los pies de Jesús y lo llamó “Kyrios”, “Señor”. Reconoció en Jesús a Aquel que todo lo puede, a Aquel que es capaz de dar sentido a todo lo que hacemos y vivimos. El “credo” de Simón Pedro muestra que decidió confiar completamente en Jesús y poner toda su vida en sus manos. Jesús se convirtió en su referente, su “Señor”, el centro en torno al cual Simón Pedro decidió construir toda su existencia, aquel en quien Simón Pedro decidió *apostar todas las fichas que tenía que jugar...* ¿Para nosotros, Jesús es también el “Kyrios”? ¿Reconocemos verdaderamente que Jesús es el “Señor” que preside nuestra historia y nuestra vida? ¿Es Él el centro alrededor del cual articulamos nuestra existencia y nuestros pasos, o dejamos que otros “amos” nos manipulen y controlen?

*Jesús invita a Simón Pedro a convertirse en “pescador de hombres”. La invitación, sin embargo, no será sólo para Simón Pedro; debe extenderse a todos aquellos que van en ese barco. Simón Pedro y sus com-

pañeros tienen la misión de salvar a todos los hombres y mujeres que viven inmersos en la desesperación, el miedo, la opresión y la muerte. La misión a la que están llamados Simón Pedro y sus compañeros es la misma que la de Jesús: curar heridas, liberar de cadenas, iluminar el camino de quienes viven en la oscuridad, llevar vida y esperanza a todos los hombres y mujeres. ¿Somos conscientes de que ésta es nuestra misión? ¿Cómo lo vivimos? Los hombres y mujeres que encontramos en cada momento ¿descubren, en nuestras palabras y gestos, esta vida nueva que Jesús vino a ofrecer a todos? ¿Los hombres y mujeres que la sociedad arroja a los “márgenes” y abandona a su suerte, los que viven ahogados en la soledad, los que nadie quiere y nadie ama, las víctimas de todas las guerras y de todas las opresiones, encuentran en nosotros el apoyo fraterno que los saca de las profundidades del mar y les devuelve la esperanza?

*Aquellos pescadores del Mar de Galilea, después de haber llevado “sus barcas a tierra, dejándolo todo y siguieron a Jesús”. De repente, todo lo que habían construido hasta entonces se volvió irrelevante ante un proyecto mucho más atractivo: colaborar con Jesús en la liberación del mundo y de la humanidad. Lo dejaron todo; Comenzaron a vivir para el Reino de Dios y siguieron a Jesús. Seguir a Jesús se convirtió en la verdad fundamental de sus vidas. ¿Cómo es nuestro seguimiento de Jesús? ¿Nuestra entrega al proyecto de Jesús es total o parcial y calculada? ¿Dejamos todo en la playa para seguir a Jesús, porque su proyecto se ha convertido en la prioridad de nuestra vida?